

huellas de un registro riguroso y encarnizado. Era visible que el enterrador habia buscado inútilmente la cédula y hecho responsables de su pérdida á todos los de la casa, desde el cántaro hasta á su mujer. Gribier parecia que estaba desesperado.

Pero á Fauchelevant le urgía llegar pronto al desenlace de la aventura y no se fijó en la parte triste de su triunfo. Entró, pues, y dijo:

—Os traigo la pala y el azadon.

Gribier le miró estupefacto.

—Sois vos, camarada?

—Soy yo, que vengo á deciros que mañana por la mañana encontrareis vuestra cédula en el cuarto del guarda del cementerio.

Fauchelevant, acabando de decir lo anterior, dejó en el suelo la pala y el azadon.

—Qué quiere decir esto? le preguntó Gribier.

—Esto quiere decir que se os cayó la cédula del bolsillo, sin duda; que la encontré en el suelo despues que os marchásteis; que enterré á la muerta, rellené la fosa y me ocupé de vuestra tarea; que el guarda os entregará la cédula y que no pagareis la multa de los tres napoleones.

—Gracias, camarada! exclamó Gribier rebotando alegría. En la primera ocasion os convidaré á beber y me encargaré de pagar.

VIII.

Interrogatorio de buen resultado.

Una hora despues, muy entrada ya la noche, dos hombres y una niña se presentaron en el núm. 62 de la calle Picpus. El más viejo cogió la aldaba y llamó.

Eran Fauchelevant, Juan Valjean y Cosette.

Los dos hombres habian ido antes á buscar la niña á casa de la frutera, donde el jardinero la dejó el dia anterior. Cosette pasó aquellas veinticuatro horas sin comprender nada, temblando y callada. Temblaba tanto que ni siquiera lloró. No habia comido ni dormido. La pobre frutera la hizo mil preguntas, sin obtener otra contestacion de Cosette que las miradas sombrías y tristes de la niña. Esta no dejó traslucir nada de lo que oyó y vió durante los dos últimos dias. Adivinaba que atravesaban una crisis y que debia ser "prudente". Todo el mun-

do ha probado el terrible poder de estas tres palabras, dichas en cierto tono al oido de un niño aterrado: *No digas nada!* El miedo es mudo. Además, nadie guarda un secreto como un niño.

Solo cuando, despues de aquellas veinticuatro horas lúgubres, volvió á ver á Juan Valjean, lanzó tal grito de alegría, que cualquier hombre observador que lo oyese adivinaria en el grito la creencia de haber escapado del abismo.

Fauchelevant era de casa en el convento y sabia la contraseña para entrar. Se le abrieron todas las puertas.

De este modo resolvieron el doble problema de que Juan Valjean saliese primero y entrase despues.

El portero, que ya tenia sus instrucciones, abrió la puerta de servicio que ponía en comunicacion al patio con el jardin, y que hace veinte años se veía aun desde la calle, en la pared del fondo del patio, enfrente de la puerta cochera. El portero introdujo á los tres, y desde allí pasaron al locutorio reservado, donde el dia anterior Fauchelevant recibió las órdenes de la priora.

Esta, con el rosario en la mano, les esperaba. A su lado estaba de pié una madre vocal, con el velo echado. Una discreta vela alumbraba, ó por mejor decir, debia alumbrar el locutorio.

La priora examinó á Juan Valjean. Nada escudriña tanto como los ojos bajos, que parece que no miren. Despues le preguntó:

—Sois el hermano?

—Sí, reverenda madre, respondió el jardinero.

—Cómo os llamais?

—Ultimo Fauchelevant, contestó el cojo, que efectivamente tuvo un hermano que murió que se llamaba Ultimo.

—De dónde sois?

—De Picquigny, cerca de Amiens.

—Qué edad teneis?

—Cincuenta años, contestó Fauchelevant.

—Qué oficio?

—Jardinero.

—Sois buen cristiano?

Fauchelevant respondió:

—Todos lo son en nuestra familia.

—Es vuestra esta niña?

—Sí, reverenda madre.

—Sois su padre?

—No, su abuelo, contestó Fauchelevant.

La madre vocal dijo entonces á la priora en voz baja:

—Contesta bien.

Juan Valjean no habia dicho ni una sola palabra.

La priora se fijó en Cosette y dijo á media voz á la madre vocal:

—Será fea.

Las dos madres hablaron algunos minutos en voz baja en un rincon del locutorio; despues volvió la cabeza la priora y dijo:

—Tío Fauchelevant, buscareis otra rodillera con cascabel, que ahora hacen falta dos.

En efecto, al dia siguiente se oian dos campanillas en el jardin, y las religiosas no podian resistir al deseo de levantarse una punta del velo.

En el fondo del jardin, entre los árboles, se veian dos hombres cavando, Fauchelevant y otro, lo que fué allí extraordinario acontecimiento. Rompieron el silencio y llegaron á decirse las monjas unas á otras:—Es un ayudante del jardinero.

Las madres vocales añadian:—Es un hermano del tío Fauvent.

La causa más eficaz para la admision de Cosette fué que la priora comprendió que *seria fea*. En cuanto hizo este pronóstico, se hizo amiga de Cosette y la admitió en el colegio como educanda de caridad.

Todo esto es muy lógico: aunque no haya espejos en el convento, las mujeres tienen la conciencia de su fisonomía, y á las jóvenes que se creen hermosas difícilmente se las hace profesar. La vocacion voluntaria está en razon inversa de la belleza, y por eso esperan las religiosas más de las feas que de las bonitas. De aquí proviene su aficion á las que carecen de atractivos.

La referida aventura aumentó la importancia del tío Fauchelevant, haciéndole conseguir triple éxito: respecto á Juan Valjean, porque lo salvó y le dió asilo; respecto á Gribier, porque hizo creer á éste que le habia librado de pagar la multa de los tres napoleones, y respecto al convento, porque enterrando el cuerpo de la madre Crucifixion debajo del altar de la capilla, pudo eludir el pago del tributo al César y cumplir la voluntad de la difunta. Se enterró un ataúd con cadáver en el Petit-Picpus y un ataúd sin cadáver en el cementerio Vaugirard. El orden público debió turbarse por eso profundamente, pero nadie lo conoció. La gratitud que el convento conservó para el tío Fauvent fué inmensa, tanto, que para las religiosas llegó á ser el mejor jardinero y el mejor criado. En la

primera visita que giró al convento el arzobispo, la priora se lo refirió todo, culpándose algo, pero vanagloriándose tambien de lo sucedido. Monseñor, al salir del convento, habló de esto con elogio y en secreto á M. de Latil, confesor del hermano del rey, que despues fué cardenal-arzobispo de Reims.

La fama de Fauchelevant corrió largas tierras y llegó hasta Roma. Hemos tenido ocasion de ver una carta dirigida por el Papa reinante entonces, Leon XII, á un pariente suyo de la nunciatura de Paris, llamado como él Della Genga, en la que se leen estas líneas: "Parece que hay en un convento de Paris un jardinero excelente, que es un santo varon que se llama Fauvent." Ninguna noticia de su triunfo llegó á la casucha de Fauchelevant, que siguió ingertando, escardando y cubriendo los melones, sin conocer su excelencia ni su santidad. Tenia de su gloria las mismas noticias que pudiera tener de la suya el buey de Durham ó de Surrey, cuyo retrato se publicó en *L' Illustrated London New* con esta inscripcion: *Buey que ha ganado el premio en el concurso de animales de cuernos.*

IX.

Clausura.

Cosette continuó callando en el convento; se creia sencillamente hija de Juan Valjean, y como por otra parte nada sabia, nada podia contar, aunque á estar enterada de todo, nada tampoco hubiera dicho. Nada enseña á los niños como la desgracia. Cosette habia sufrido tanto, que de todo tenia temor, hasta de hablar, porque muchas veces una sola palabra hizo caer sobre ella una avalancha. Pero empezó á tranquilizarse desde que estaba con Juan Valjean. Pronto se acostumbió al convento; solo echaba de menos á su muñeca Catalina, pero no se atrevia á decirlo. Sin embargo, una vez le dijo á Juan Valjean que á saber que iba allí se la hubiera traído al convento. Cosette, al entrar de educanda, tuvo que adoptar el traje de las pensionistas de la casa. Juan Valjean consiguió que le devolviesen el traje de luto con que la vistió al sacarla de las manos de los Thenardier. El traje estaba poco usado. Juan Valjean lo guardó, con mucho alcanfor y otros aromas que tienen en los conventos, en un baul pequeño que pudo proporcionarse; lo puso en una silla al lado de su cama, y llevaba siempre consigo la llave del baul.—Padre, le dijo un dia Co-

sette, ¿qué tiene esa caja que huele tan bien?

El tío Fauchelevant, además de la gloria que acabamos de referir, y que él ignoró, obtuvo la recompensa de su buena acción. En primer lugar en la satisfacción de su conciencia, y en segundo lugar tuvo menos trabajo, porque lo dividió con Juan Valjean: además, como le gustaba mucho el polvo, estando al lado del señor Magdalena absorbía triple cantidad que antes y con mayor placer, porque pagaba el señor Magdalena. Las monjas no pudieron acostumbrarse al nombre de Último, y llamaban á Juan Valjean *el otro Fauvent*.

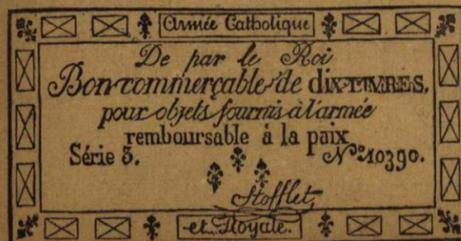
Si aquellas santas mujeres tuvieran la perspicacia de Javert, hubieran notado que cuando era preciso salir á la calle para proveer á las necesidades del jardín, salía siempre Fauvent el mayor, el viejo, el cojo, y el otro nunca; pero ya porque los ojos que están fijos en Dios no saben espiar, ya porque estuviesen ocupadas en espiarse las unas á las otras, lo cierto es que esto no las llamó la atención ni lo notaron.

Juan Valjean obraba cuerdamente no saliendo á la calle, porque Javert estuvo vigilando el barrio más de un mes.

El convento era para Juan Valjean como una isla rodeada de abismos. Aquellas cuatro paredes eran desde entonces en adelante su mundo. Veía bastante pedazo de cielo para estar tranquilo, y tenía á su lado á Cosette para ser feliz.

Agradable vida empezó para él.

Vivía con el tío Fauchelevant en la casucha del jardín, de paredes de argamasa, que existía aun en 1845, y que se componía, como dijimos, de tres piezas completamente desamuebladas. El tío Fauchelevant cedió la principal al señor Magdalena, á pesar de que éste se oponía. La pared de dicho cuarto, entre los dos clavos destinados á colgar la rodillera y la cesta que usaba el tío Fauchelevant, tenía por adorno un papel-moneda realista de 1793, pegado á la pared por encima de la chimenea. Hé aquí su fac-símile exacto:



Este asignado vendeano lo clavó á la pared el jardinero anterior, antiguo Chuan, que murió en el convento, al que Fauchelevant sucedió.

Juan Valjean trabajaba todos los días en el jardín, y en él era muy útil. En su juventud fué podador y tenía conocimientos de jardinería. Recuérdese que conocía mucha clase de recetas y muchos secretos del cultivo, de los que sacó partido. Casi todos los árboles del jardín eran silvestres; los ingertó y los hizo producir excelente fruta.

Cosette tenía permiso para pasar todos los días una hora al lado de Juan Valjean. Como las hermanas estaban siempre tristes y su abuelo era tan amable, la niña lo comparaba con ellas y le adoraba. A la hora fija entraba en la casucha y derramaba en ella su alegría infantil.

Juan Valjean esplayaba su ánimo y aumentaba su felicidad ver la felicidad de Cosette. La alegría que inspiramos tiene el encanto de que, lejos de debilitarse, como todos los reflejos, vuelve á nosotros más radiante.

En las horas de recreo, Juan Valjean observaba desde lejos cómo Cosette jugaba y reía, y distinguía su risa de las risas de las otras niñas.

Porque Cosette reía ya; su rostro se transformó hasta cierto punto. Perdió el aire sombrío. La risa es el sol; destierra el invierno de la fisonomía humana. Cuando concluía la hora de recreo y la niña se volvía al convento, Juan Valjean miraba á las ventanas de la clase, y por la noche se levantaba para mirar las ventanas del dormitorio de Cosette.

Dios hace caminar al hombre por caminos desconocidos, y el convento contribuía, como Cosette, á completar en Juan Valjean la obra del obispo. Cierta es que uno de los lados de la virtud desemboca en el orgullo, del que solo la separa un puentecillo construido por el diablo. Juan Valjean quizás estaba ya muy cerca de ese puente cuando la Providencia le llevó al Petit-Picpus. Mientras el ex-alcalde solo se comparó con el obispo, se creyó indigno y fué humilde; pero hacia ya algún tiempo que empezaba á compararse con los demás hombres y comenzó á tener orgullo. ¡Quién sabe! Acaso se hubiera resbalado con suavidad hasta el abismo del odio.

El convento le detuvo en esa pendiente.

Era el segundo sitio de cautividad que encontraba. En su juventud, casi al

principio de su vida, y algunos años más tarde, había visto otro lugar horroroso, terrible, cuyos rigores le parecieron siempre la iniquidad de la justicia y el crimen de la ley. Entonces, después del presidio, veía el claustro, y al acordarse de que había vivido en presidio y que ahora era espectador del claustro, los comparaba en su imaginación. Algunas veces se apoyaba en la pala de hierro y descendía lentamente por la espiral sin fin de la imaginación.

Recordaba la gran miseria de sus antiguos compañeros, que se levantaban al amanecer y trabajaban hasta la noche, permitiéndoles dormir apenas; acostándose en camas de campaña, en las que solo se les permitía tener un colchón de dos pulgadas de grueso; en departamentos que solo tenían lumbre los dos meses más crudos del año; que vestían horribles chaquetas rojas, y tenían licencia para usar pantalón de tela en los grandes calores y manta de lana durante los fríos excesivos; que no bebían vino ni comían carne más que cuando "trabajaban"; que vivían sin nombre, que eran designados por números, casi convertidos en cifras, inclinando los ojos, bajando la voz, con el pelo cortado, avergonzados de sufrir el látigo.

Después su imaginación se fijaba en los seres que tenía á la vista.

Estos seres vivían también con el pelo cortado, los ojos inclinados y la voz baja, pero no por la vergüenza, sino por la burla del mundo; no tenían la espalda herida por el látigo, pero sí destrozada por las disciplinas. También han perdido sus nombres y solo existen con austeros apelativos. Ni comen carne, ni beben vino, y muchos días ayunan hasta la noche. No gastan chaqueta roja, pero llevan un sudario de lana negro y pesado en el verano, ligero en el invierno, sin poder quitarle ni añadir nada; seis meses del año llevan camisas de buriel, que les producen calenturas. Viven, no en departamentos calientes en los días de frío riguroso, sino en celdas en las que nunca se enciende lumbre; duermen, no en colchones gruesos de dos pulgadas, sino sobre un montón de paja. Ni dormir se les permite. Todas las noches, después de trabajar todo el día, durante el amodorramiento del primer sueño deben despertarse, levantarse é ir á rezar en una capilla helada y sombría, arrodilladas sobre las baldosas. Ciertos días, cada uno de estos seres, por turno, debe permanecer doce horas consecutivas de

rodillas sobre el mármol, ó extendido en tierra con la cara en el suelo y los brazos en cruz.

Aquellos eran hombres; estos son mujeres. Qué hicieron aquellos hombres? Cometieron robos, violaciones, saqueos y asesinatos. Eran bandidos, falsarios, envenenadores, asesinos y parricidas. ¿Qué hicieron estas mujeres? Nada. Allá el bandolerismo, el fraude, la violencia, la lubricidad, el homicidio, toda clase de sacrilegios, todas las variedades del atentado: aquí una sola cosa; la inocencia. La inocencia perfecta, casi llevada hasta una misteriosa ascensión, unida á la tierra por la virtud y al cielo por la santidad. Allá las confidencias del crimen, que se hacen en voz baja; aquí la confesión de faltas declarada en alta voz. Allá qué crímenes! ¡aquí qué faltas!...

Allá los miasmas, aquí inefable perfume. Allá la peste moral, vigilada por centinelas de vista, cercada de cañones y devorando lentamente á sus apesados; aquí el abrazo casto de todas las almas en el mismo foco. Allá las tinieblas; aquí la sombra, pero una sombra llena de claridades, y una claridad llena de fulgores.

Ambos sitios son centros de esclavitud; en el primero es posible redimirse, tiene un límite legal siempre esperado, y además la evasión. En el segundo es perpétua la esclavitud, y se tiene por toda esperanza, en la extremidad lejana del porvenir, esa luz de libertad que los hombres llaman muerte. En el primero, al recluso le encadena el hierro; en el segundo, la fé. ¿Qué sale del primer centro? Inmensa maldición, rechinar de dientes, el odio, la perversidad desesperada, el grito de rabia contra la sociedad humana, sarcasmo contra el cielo. ¿Qué sale del segundo centro? La bendición y el amor.

En esos dos sitios, tan semejantes y tan diversos, las dos clases de seres diferentes que los habitan realizan una misma cosa: la expiación.

Juan Valjean comprendía perfectamente la expiación de los primeros, esto es, la expiación personal; pero no comprendía la de los segundos, de los seres sin mancha y sin reproche, y se preguntaba á sí mismo, temblando:—¿Expiación de qué? ¿Qué es lo que expian?... Y en su conciencia le respondía una voz:—Practican la más divina de las generosidades humanas; la expiación por los demás.

Nos abstenemos de sentar toda teoría personal; somos meros narradores; nos colocamos bajo el punto de vista de Juan Valjean y traducimos sus impresiones.

Juan Valjean tenía ante sus ojos la cumbre sublime de la abnegación, la más alta de las virtudes, la inocencia, que perdona á los hombres sus culpas y que las expía por ellos; la práctica de la servidumbre, la aceptación de la tortura, el suplicio pedido por las almas que no han pecado, para librar de éste á las almas que han delinquido; el amor á la humanidad abismándose en el amor á Dios, pero permaneciendo distinto y suplicante; débiles seres que confunden la miseria de los condenados con la sonrisa de los escogidos.

Entonces recordaba con sentimiento que se había atrevido á quejarse.

Con frecuencia, á la mitad de la noche se levantaba del lecho para ir á oír el canto de gratitud de esas criaturas inocentes y aniquiladas por las rigideces, y sentía frío en las venas al pensar que los que eran justamente castigados, solo elevaban la voz hasta el cielo para blasfemar, y que él fué tan miserable que hasta había amenazado á Dios.

Lo que le hacía meditar profundamente era la singularidad de que todos cuantos esfuerzos había hecho para librarse del otro sitio de expiación, el escalamiento, el rompimiento de la clausura, el peligro de muerte aceptado y la ascension brusca y difícil, tuvo también que realizarlos lo mismo para entrar en este segundo sitio. ¿Era acaso este el símbolo de su destino?

Aquella casa era también una cárcel y se parecía lúgubramente á la otra de donde se fugó, y jamás se le había ocurrido esta semejanza. Veía allí rejas, cerrojos, barras de hierro. Para qué? Para guardar ángeles. Las altas paredes que había visto levantadas para encerrar tigres, ahora las veía encerrando ovejas. El convento era un lugar de expiación, no de castigo, pero no por esto era menos austero, menos tétrico ni menos inexora-

ble que el presidio. Aquellas vírgenes vivían más oprimidas que los forzados. El viento frío y rudo, el viento que heló su juventud, atravesaba el foso enrejado y encadenado de los buitres, y otro viento más aspero y más doloroso mugía en la jaula de las palomas. Por qué?

Cuando Juan Valjean meditaba sobre esto se abismaba su espíritu ante la sublimidad de este misterio. Durante estas meditaciones desaparecía su orgullo. Se examinaba detenidamente á sí mismo, sentía no ser mejor y lloraba muchas veces. Cuanto había sentido su alma en seis meses le conducía más y más á las santas recomendaciones del obispo; Cosette le arrastraba á ellas por el amor y el convento por la humildad.

Algunas veces, á la caída de la tarde, á la hora del crepúsculo, cuando el jardín estaba desierto, se arrodillaba en medio del paseo que costea la capilla, delante de la ventana á la que se asomó la primera noche, y de cara al sitio en que se colocaba la hermana que hacía la reparación, y rezaba de rodillas ante ella.

Parecía que no se atreviera á arrodillarse directamente delante de Dios.

Todo lo que le rodeaba, el apacible jardín, las flores embalsamadas, las niñas dando gritos de alegría, las mujeres graves y sencillas y el claustro silencioso, le penetraban lentamente; y poco á poco su alma iba adquiriendo el silencio del claustro, el perfume de las flores, la paz del jardín, la ingenuidad de las monjas y la alegría de las niñas. Después recordaba que dos casas de Dios le habían acogido en los momentos más críticos de su vida: la primera, cuando todas las puertas se le cerraban y le rechazaba la sociedad humana; y la segunda, cuando la sociedad humana volvía á perseguirle y el presidio volvía á solicitarle; sin la primera hubiera recaído en el crimen, sin la segunda le esperaba el suplicio. Su corazón se deshacía en gratitud y amaba más cada día.

Así transcurrieron algunos años y Cosette iba creciendo en el convento.

TERCERA PARTE.

MARIO.

LIBRO PRIMERO.

Paris estudiado en su átomo.

I.

Parvulus.

Paris tiene su hijo y el bosque su pájaro; el pájaro se llama gorrion y el hijo *pilluelo*.

Asociad estas dos ideas, que contienen, la una un foco de luz y la otra una aurora; haced que se choquen esas dos chispas, Paris y la infancia, y brotará de ellas un sér pequeño. *Homuncio*, como diría Plauto.

Este sér pequeño es muy alegre. No todos los días come y se le ocurre ir á los espectáculos todas las noches. Ni camisa cubre sus carnes, ni zapatos sus piés, ni techo su cabeza; carece de todo eso, como los pájaros. Cuenta de siete á trece años; vive en bandadas, trota por el empedrado, habita al aire libre, lleva un pantalón viejo de su padre, que le arrastra por el suelo; un sombrero deteriorado de cualquiera, que se le mete hasta las orejas; un tirante solo, de orillo amarillo; corre, espía, pierde el tiempo, culota pipas, jura como un carretero, frecuenta las tabernas, conoce á los ladrones, tutea á las rameras, habla el caló, canta canciones obscenas y no tiene mal corazón: esto consiste que encierra en el alma la perla de la inocencia, y las perlas no se disuelven en el fango. Mientras el hom-

bre es niño, Dios quiere que sea inocente.

Si se le preguntase á la gran ciudad: Quién es ese? respondería: Es mi hijo.

II.

Señas particulares.

El pilluelo de Paris es el hijo enano de una gigantea.

Para no exagerar diremos que este querubín del arroyo á veces tiene camisa, pero una sola; suele tener zapatos, pero sin suela; tiene á veces casa y la aprecia, porque en ella vé á su madre, pero prefiere la calle, porque en ella encuentra la libertad. Tiene sus juegos propios, su malicia peculiar, cuyo fondo es el odio al vecino acomodado. Tiene sus metáforas especiales: á morir llama *comerse la achicoria amarga por la raíz*. Se ocupa en proporcionar coches de alquiler, en bajar el estribo de los carruajes, en restablecer el paso de una acera á otra los días de lluvia, á lo que llama *hacer puentes de las artes*; en pregonar los discursos de la autoridad en favor del pueblo francés, y en ahondar las junturas del empedrado. Tiene su moneda particular, que se compone de los pedazos de cobre que encuentra por la calle: esta curiosa moneda, que llama *arambeles*, tiene curso invariable y arreglado entre su reducida sociedad de gitaniños.

Tiene, en fin, su fauna, que observa estudiosamente en los rincónes: la bestia de Dios, el pulgon cabeza de muerto, la zanenda, el "diablo," que es un insecto